

Acerca del sociólogo como escritor*

(Des)gajes de un oficio

The Sociologist as Writer

Carlos Virgilio ZURITA

Universidad Nacional de Santiago del Estero,
Departamento de Sociología,
Argentina
cvzurita@hotmail.com

Recibido: 22.4.09

Aprobado definitivamente: 3.6.09

RESUMEN

A partir de ciertas preocupaciones sobre las prácticas de un oficio, el artículo indaga en las relaciones de la sociología con la literatura, en tanto ambas están mediadas por el proceso de escritura. Se sugiere que la sociología también puede ser considerada como un género literario, y que la literatura, particularmente los relatos ficcionales, puede ser apreciada como un yacimiento de fragmentos empíricos y de metáforas verosímiles para ilustrar la vida social. Se mencionan diversos casos de utilización de materiales narrativos en el análisis sociológico, tanto tradicional como contemporáneo. Si bien el propósito teórico analítico del artículo es ‘desnaturalizar’ la escritura sociológica –distanciarse para objetivar las prácticas–, asimismo posee una intencionalidad, por así decir, instrumental: postular posibles estrategias de aprendizajes e incorporación de retóricas expresivas por parte de los sociólogos, particularmente jóvenes, que quieren decir, escribir, sus propias palabras.

PALABRAS CLAVE: Sociología, literatura, escritura, autor, campo, personajes literarios, sujetos colectivos.

ABSTRACT

Starting from certain concerns on the practices of a trade, this article investigates the relationships between sociology and literature, as long as both are mediated by the writing process. It is suggested that sociology can also be considered as a literary gender. In turn, literature, particularly fictional narratives, can be appreciated as a source of empirical fragments and credible metaphors about the social life. Diverse cases of use of narrative materials are mentioned in sociological analysis, in both traditional and contemporary. Although the analytic theoretical purpose of the article is to denaturalize sociological writing, it also has an instrumental intention – i.e. to postulate possible learning strategies and incorporate expressive rhetorics for sociologists, particularly young ones who want to say, to write, their own words.

KEYWORDS: Sociology, literature, writing, author, field, literary characters, collective identities.

SUMARIO

1. La etnografía como género literario. 2. Productores y destinatarios. 3. Narrativas sociológicas: escenarios y personajes. 4. Las palabras de la sociología. 5. Retóricas, preceptivas y aprendizajes. 6. Literatura, sociología: escrituras.

* Agradezco a Beatriz Sarlo, Gabriela Polit Dueñas, Marina Farinetti, Ana Teresa Martínez, Javier Auyero y Pablo Alabarces, quienes se dieron tiempo para leer versiones previas de este artículo y enviarme sus comentarios y sugerencias que me resultaron totalmente atinadas, pero que temo no haber tomado en cuenta convenientemente. También estoy en deuda con el estímulo de Juan José Castillo. Mis reconocimientos a la ayuda de Kristi Anne Stolen.

¿Qué es lo que hace el etnógrafo? Escribe.
Clifford Geertz, *Blurred genres*

Desnaturalizar la escritura sociológica, tal nuestra propuesta. Alejarse, para acercarse; ir hasta un punto en que se pueda tomar perspectiva sobre las propias prácticas con el fin de objetivarlas, situarlas como foco de indagación.

La constitución del objeto escritura, —las estrategias narrativas, los modos de decir en ciencias sociales— implicará ciertos detenimientos conceptuales y aun epistemológicos, pero procura tener derivaciones pragmáticas en relación a compartir experiencias del oficio y en cuanto a las lecciones que puedan derivarse de la contrastación de los estilos expresivos de la sociología con otras ciencias sociales y, particularmente, con la literatura.

A lo largo de su trayectoria académica los sociólogos se ven compelidos a producir materiales escritos: tal obligación se inicia tempranamente y, para bien o para mal, parece no concluir nunca; sin embargo, la instancia de la escritura es una cuestión que no suele estar presente con frecuencia de una manera sistemática y explícita, tanto en las reflexiones y balances sobre la disciplina, como, tampoco, en las estrategias curriculares de formación de recursos¹. Procuraremos incursionar en las probables razones por las que se ha producido una suerte de ocultamiento de la escena de la escritura sociológica, al mismo tiempo que resaltar que ella no sólo forma parte del proceso de investigación sino que es constituyente de la misma, que no se trata del mero registro, del recuento, de la ‘memoria’ que se realiza una vez concluida la investigación.

Al examinar las prácticas escritas y las concepciones respecto de la escritura en alumnos universitarios de ciencias sociales², Alvarado y Cortés³ señalan las dificultades que arrastran los estudiantes desde su educación media para ‘componer’ sus textos. Sobre las relaciones entre escritura y pensamiento, sostienen que la escritura promueve procesos de objetivación y distanciamiento respecto del propio discurso, posibilitando una recepción diferida, un descenramiento que permite la revisión crítica de las propias ideas y su reconversión. Pero para que esto sea posible, para afrontar los propios textos como ajenos, resultan necesarias habilidades y estrategias maduras de lectura y escritura, cuya adquisición exige de un entrenamiento sistemático y especializado. Tal entrenamiento no se encuentra generalizado en el sistema educativo argentino —ni en varios sistemas latinoamericanos— lo que implicaría desde el punto de vista de la psicología cognitiva, ciertas restricciones en los jóvenes para desplazarse desde las prácticas repetitivas (“inexpertas”) hacia las críticas (“maduras”).

Señalar que estas páginas constituyen un ‘estudio preliminar’ sería incurrir en una inapropiada petición de condescendencia⁴, aunque cabe recordar que cuestiones tales como el texto, la escritura, el discurso, si bien poseen una larga tradición analítica entre semiólogos, filósofos y críticos literarios, no ha acontecido otro tanto por parte de los sociólogos o, más bien, sólo comenzó a acontecer tardíamente. En el listado de obras canónicas de sociólogos y científicos sociales afines específicamente centradas en la temática deben mencionarse, entre otros, los aportes de Nisbet⁵, cuyo carácter pionero resulta indiscutible, Geertz⁶, Lepenies⁷,

¹ Sólo en los últimos años, con la proliferación de estudios de postgrado, comenzaron a institucionalizarse actividades tales como los talleres de tesis.

² Se trata de los alumnos de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

³ Maite Alvarado y Marina Cortés (2000): “La escritura en la Universidad: repetir o transformar”, en *Boletín de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA)*, Número 43, Dossier: Escrituras en la Facultad, Universidad de Buenos Aires, Agosto.

⁴ Sobre las palabras liminares y sus modos, véase José Andrés Rivas, “De justificaciones, modestias y captatio benevolentiae”, en *Estudios de literatura santiaguense*, Universidad Nacional de Santiago del Estero, 1987. Otro subgénero que alguna vez vale la pena examinar es el de las dedicatorias y agradecimientos (Acknowledgements).

⁵ Robert Nisbet ([1976] 1979): *La sociología como forma de arte*, Editorial Espasa Calpe, Madrid, 145 p.

⁶ Clifford Geertz (1989): *El antropólogo como autor*, Barcelona, Paidós, 164 p.

⁷ Wolf Lepenies (1994): *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 425 p. [Edición original 1985]

Becker⁸, Lahire⁹, R. H. Brown¹⁰, y aunque con propósitos diferentes, Bourdieu¹¹. También tenemos los casos de autores que sin haberse dedicado particularmente a nuestro campo de interés, cuando les tocó referirse a él realizaron singulares contribuciones; entre diversos ejemplos, y sólo a título ilustrativo, mencionamos a Wright Mills¹², en primer término, y a Passeron¹³, Bauman¹⁴ y Archetti¹⁵.

Una de las pulsiones humanas supremas es la búsqueda de reconocimiento, tal lo declarado por Hegel. Bourdieu precisó los términos: los productores de bienes simbólicos dirigen su petición de reconocimiento a un 'campo', a un ámbito de afines, de semejantes que son también jueces. Cuando uno escribe y, sobre todo, publica, busca la atención —ojalá la condescendencia— de los colegas. En el caso de estas notas también tomo en cuenta a quienes se encuentran en sus etapas de formación, y quisiera suscitar en ellos la sensación de que el aprendizaje de la sociología no sólo debiera consistir en la incorporación de conceptos teóricos y procedimientos metodológicos, sino también en las prácticas reflexivas de un oficio y una artesanía.¹⁶

1. LA ETNOGRAFÍA COMO GÉNERO LITERARIO

El examen de la escritura sociológica en cuanto tal, parece tratarse de una actividad hermenéutica aún no plenamente autorizada. En distintos ámbitos queda la impresión de que los escritos sociológicos sólo admiten ser analizados en sus implicancias "académicas", esto es, en la pertinencia del enfoque teórico, en la adecuación metodológica y, llegado el caso, en la suficiencia de los datos empíricos aportados, pero no en su materialidad, no en cuanto textos, en cuanto artificios generados —y mediados por actores sociales— por la sociedad sobre sí misma.

No sólo en sociología, también en otras ciencias sociales se manifiestan similares recaudos. Señala Geertz¹⁷ que "el análisis de la etnografía como escritura se ha visto obstaculizado por consideraciones varias, ninguna de ellas demasiado razonables; una de éstas es que sería poco antropológico hacer algo así. [Se suele afirmar que] lo que un buen antropólogo debe hacer es ir a los 'sitios' volver con información sobre la gente que vive allí y poner dicha infor-

⁸ Howard Becker (1986): *Writing for Social Scientists: How to Start and Finish your Thesis, Book, or Article*, Chicago (Illinois), The University of Chicago Press. También véase *Tricks of the trade. How to think about your research while you're doing it*, The University of Chicago Press, 1998, 232 p.

⁹ Bernard Lahire ([2005] 2006): *El espíritu sociológico*, Buenos Aires, Manantial, 411 p.

¹⁰ Richard Harvey Brown expone la perspectiva del realismo simbólico en "La ciencia social y la búsqueda de una sociedad justa", en *Revista de Estudios Sociales*, n° 13, Bogotá, Universidad de Los Andes, Tema: El Lenguaje y las Ciencias Sociales, Octubre 2002, pp. 26-37. Otra referencia a considerar es su *Society as text. Essays on rhetoric, reason and reality*, The University of Chicago Press, 1987, 252 p.

¹¹ Pierre Bourdieu (1992): *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Anagrama, Barcelona, y *Homo academicus*, ([1984] 2008), Siglo XXI, México, 320 p. De particular interés resulta "Transmitir un oficio", en P. Bourdieu y L. Wacquant (1995): *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo, pp. 161-167.

¹² C. Wright Mills: (1961), "Apéndice. Sobre artesanía intelectual", *La imaginación sociológica*, México, Fondo de Cultura Económica, 238 p.

¹³ Jean-Claude Passeron (1991): *Le raisonnement sociologique. L'espace non-poppérien du raisonnement naturel*, París, Nathan, 408 p. [Especialmente la segunda parte, "L'écriture sociologique: un contrôle des langues naturelles", que contiene cuatro excelentes capítulos sobre la temática].

¹⁴ Zygmunt Bauman (2003): *Modernidad líquida*, México, Fondo de Cultura Económica, 232 p. [Particularmente el "Epílogo. Acerca de escribir; acerca de escribir sociología", pp. 212-226].

¹⁵ Eduardo Archetti, ed. (1994), *Exploring the written. Anthropology and the multiplicity of writing*. Oslo, Scandinavian University Press, 330 p. [Especialmente "Introduction", pp. 11-28].

¹⁶ Sobre la cuestión de la escritura sociológica, también considerar a Juan José Castillo (2003): *En la jungla de lo social. Reflexión y oficio de sociólogo*, Buenos Aires-Madrid: Editorial Miño y Dávila, 204 p. [Especialmente, "Un camino y cien senderos: el trabajo de campo como crisol de disciplinas"]

¹⁷ *El antropólogo como autor*, pp. 11-12.

mación a disposición de la comunidad profesional de un modo práctico, en vez de vagar por las bibliotecas reflexionando sobre cuestiones literarias”. Geertz ironiza sobre ciertas aseveraciones de quienes postulan que “la preocupación por el modo en que están contruidos los textos etnográficos semeja una distracción insana”, que “lo que debe importar son los *tikopia* y los *tallensi* en sí mismos, y no las estrategias narrativas de Firth o los mecanismos retóricos de Fortes” ya que los textos antropológicos no merecen tan delicada atención. También cuestiona afirmaciones de los defensores del estilo comunicacional aséptico y positivista de que una cosa sea “investigar cómo consiguen sus efectos Conrad, Flaubert o Balzac y otra, distinta e injustificable, pretender hacer lo mismo con Lowie o Radcliffe-Brown”, ya que “los buenos textos antropológicos deben ser planos y faltos de toda pretensión: no deben invitar al atento examen literario, ni merecerlo”¹⁸

Porque Geertz no comparte la suposición de que prestar atención al modo en que se presentan los enunciados cognoscitivos mine la capacidad de tomarlos en serio, ni que otorgar relevancia a problemas tales como “las metáforas, la imagería, la fraseología o la voz” conduzca a un corrosivo relativismo que convierta a la antropología en un mero juego de palabras como la poesía o la novela.

Las raíces, ya no de las cautelas, sino del auténtico miedo a considerar la antropología como escritura –lo que implicaría, según Steimberg¹⁹, a tornar visible su retórica– Geertz las atribuye a la persistencia de mitos profesionales que impiden reconocer el carácter literario de la antropología, mitos que suponen que la verdad y el poder de convencimiento de la etnografía debe buscársela en la “pura sustantividad factual”, aunque en rigor la capacidad de los antropólogos para convencer,

para que *se tome en serio lo que dicen*, deriva de haber podido penetrar –o haber sido penetrados por– otras culturas, otras formas de vida “y en la persuasión de que este milagro invisible ha ocurrido, es donde interviene la escritura”.²⁰

2. PRODUCTORES Y DESTINATARIOS

La sociología de la literatura, no obstante sus márgenes denominatorios, no ha sido en general abordada por sociólogos, sino más bien por figuras provenientes de otras áreas de las ciencias humanas, como la filosofía y, particularmente, los estudios lingüísticos (v.g. Lukács, Adorno, Goldmann, De la Volpe, Williams). En el caso de Argentina, y quizás se podría decir de Hispanoamérica, referentes importantes (Sarlo, Altamirano) también provienen del *mundo de las letras*.²¹ Acontece que la sociología de la literatura deposita el énfasis en la producción literaria, en especial en las obras ficcionales, y en su correspondencia, determinación o articulación con la estructura social, a veces con el “clima de época”, a veces con el sistema ideológico y los niveles de estratificación.

El análisis de la escritura sociológica, sus cuestiones teóricas y técnicas, quizás debiera ser emprendido por los propios sociólogos, desde el punto de vista práctico como una indagación sobre el oficio, y desde el punto teórico como una reflexión sociológica de segundo grado.

Un punto de partida para emprender el examen puede consistir en vincular la producción sociológica con la temática del ‘autor’ por un lado y con la noción de ‘campo’ por otra; dos perspectivas diferenciables, aunque siempre convergentes.

Sobre la cuestión del autor las referencias obligadas suelen ser Foucault²² y Barthes²³. El

¹⁸ Ibidem p. 12. Además, “hay unos cuantos antropólogos –Sapir, Benedict, Malinowski y Lévi Strauss– a los que llega a reconocerles un estilo personal y distintivo, más allá de sus ocasionales tropos. Pero se trata de algo inhabitual y más bien desventajoso para ellos, por cuanto puede suponer una práctica poco escrupulosa”

¹⁹ Oscar Steimberg: “Algunos espacios de discusión, en relación con la cambiante escritura de las ciencias sociales”, en *Sociedad*, n° 23, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2004.

²⁰ Geertz, p. 14.

²¹ Por supuesto que también se verifican aportes sobre la temática de sociólogos como Escarpit, Nisbet, Bourdieu y R. H. Brown.

²² Michel Foucault ([1969] 1999): “Qué es un autor”, en *Entre filosofía y literatura*, Obras esenciales, vol. 1, Barcelona, Paidós, pp. 329-360.

²³ Roland Barthes (1969): “Escritores y escribientes”, en *La cuestión de los intelectuales*, Buenos Aires, Ediciones Rodolfo Alonso, pp. 111-120.

primero distingue entre diferentes tipos o calidades de autores, en tanto que el segundo reserva la calidad de autor para cierta jerarquía, los “escritores”, puesto que también existen los meros “escribidores”²⁴. Según Foucault habría una legión de autores productores de textos –un artículo, un libro y, aun, una obra–, pero también autores que producen o produjeron no sólo sus propias obras, sus propios libros, sino también una teoría, una tradición, una disciplina, es decir, la *posibilidad* de otros libros; se trata de “fundadores de discursividad”, ejemplificados por Marx y Freud.

Barthes diferencia entre autores (*écrivains*) y escritores (*écrivains*)²⁵; los primeros producen una obra y los segundos textos. Para el *autor* escribir es un verbo intransitivo, reconstituye y otorga sentido a la realidad escribiéndola; en tanto que para el *escritor* escribir es un verbo transitivo, escribe algo. El autor inventa una realidad, constituye una praxis; el escritor refleja una realidad, desarrolla una praxis.

Diversas perspectivas coinciden en postular que el autor desempeña –se le reconoce– una “función”, mientras que el escritor ejecuta una “actividad”. Una evidencia del reconocimiento de alguien como autor acontece, según Geertz, cuando su apellido accede a la adjetivación (i.e. marxista, weberiano). Otra referencia la aporta Lepenies²⁶: en virtud de su carácter fundacional, el autor –lo dice sobre Comte– carece de colegas, es decir de coetáneos, y por eso está perpetuamente en pos de antecesores, buscando insertarse en, o inventar, una genealogía²⁷.

¿Autor o escritor; escritores o escribidores? Barthes sugiere que en los tiempos que corren el personaje característico del mundo académico termina siendo una figura híbrida –autor/escritor– tensionada entre el deseo de “crear una seductora prosa verbal que le permita ingresar en

el teatro de la lengua y la necesidad de comunicar hechos e ideas, de mercadear información”.²⁸

Si la temática del productor, sea autor o escritor, se vincula con la pregunta *quién* escribe, la referencia al campo se vincula con la pregunta *para quién* se escribe. La cuestión del destino y los destinatarios de los escritos sociológicos puede referirse a encuadres como los de “comunidad científica” (Thomas Kuhn), “público” (Adolfo Prieto, Beatriz Sarlo) o “intelectuales” (Karl Mannheim, Lewis Coser, Silvia Sigal, Carlos Altamirano), pero son los aportes de Bourdieu los que suscitan los marcos, a nuestro juicio, más sugestivos para el análisis. En el contexto de estas notas no corresponde examinar con detenimiento tales aportes que fueron realizándose en sucesivas aproximaciones de profundización en diversos textos hasta culminar en *Homo Academicus* y *Las reglas del arte*²⁹, ahora sólo nos va a interesar tener en cuenta que el campo intelectual –que es también un espacio de lucha– se configura como estructura de relaciones entre posiciones e incluye instituciones, productos y agentes. Los sociólogos producen sus bienes simbólicos buscando legitimidad y, si es posible, mayor poder, en su ámbito de referencia. Una imagen de cómo funciona la relación y la inserción del agente en el espacio social, es cuando se comprueba que, en cuanto a la escritura, el ‘estilo personal’ es un *desvío* del estilo general del campo.

3. NARRATIVAS SOCIOLÓGICAS: ESCENARIOS Y PERSONAJES

¿Sobre qué se escribe o es posible escribir en sociología?

Al considerar ciertas homologías entre sociología y literatura una primera similitud concier-

²⁴ Sobre distintas calidades de escritura en la economía, véase el detallado y substancioso artículo de Eduardo Zalduendo, “Economistas escritores y economistas escribidores”, en *Desarrollo Económico. Revista de ciencias sociales*, n° 139, Octubre-Diciembre, 1995, pp 373-396.

²⁵ Ambos términos, respectivamente fueron traducidos al inglés como *author* y *writer* en Sontag, y al español como *escritores* y *escribientes*.

²⁶ Lepenies, p. 32

²⁷ La observación de Lepenies sobre Comte, podría ser perfectamente referida a Borges.

²⁸ Geertz, p. 30.

²⁹ Para una plena comprensión del proceso de perfilamiento de diversos términos y conceptos de Bourdieu, entre ellos, el de *campo*, se cuenta con el iluminador libro de Ana Teresa Martínez (2007), *Pierre Bourdieu. Razones y lecciones de una practica sociológica*, Buenos Aires, Manantial, 362 p.

ne a la relevancia de la narración y el relato en el conocimiento sociológico que se puede sintetizar en la imagen del sujeto como *homo loquens*³⁰, y tanto en sociología como en literatura, contar, es decir narrar, es una forma de gestionar la temporalidad, desarrollando representaciones lingüísticas que articulan escenarios, personajes y ‘estados de ánimo’ a lo largo de una secuencia temporal que implica la distinción de un antes y un después. “Contar supone seleccionar, de una infinitud sin sentido de lo real, aspectos que se muestran significativos y relevantes: se trata de la función organizadora de la realidad que posee el proceso narrativo”.³¹

Las posibilidades narrativas de la sociología son examinadas, entre otros, por Nisbet³² y Lepenies³³; se trata de encuadres distintos, pero, de algún modo, complementarios. Mientras Lepenies se concentra en los procesos de diferenciación de los valores y las prácticas literarias y científicas, Nisbet extiende el análisis hacia la vinculación de la sociología, no sólo con la literatura, sino con otros sistemas de producción artística, particularmente las artes visuales. En este punto, recogeremos algunas de las sugerencias de este último.

La postulación de Mannheim de que la afinidad del arte con las ciencias –entre ellas la sociología– se manifestaba en el concepto de *estilo* es una apertura para que Nisbet emprenda su sistema argumentativo. Los estilos permiten estructurar los ‘temas’; éstos, antes de perfilarse como tales

pueden haber sido mitos o metáforas. La metáfora no es tan sólo un recurso gramatical, una mera figura retórica, sino una vía al conocimiento: a título ilustrativo se mencionan tres: crecimiento, genealogía y mecanismo. ¿Y cuáles son los temas, antes y ahora, centrales de la sociología? El individuo, el poder, la libertad, el cambio.³⁴

La transposición de géneros y procedimientos retóricos desde la esfera artística hacia la sociológica³⁵ adquiere visibilidad o más bien muestra el carácter artístico de la sociología en la utilización de diseños contruidos, como el paisaje y los retratos.³⁶ Nisbet señala algunos de los paisajes sociales más significativos: las masas³⁷, el poder, el sistema industrial³⁸ y la metrópolis. Entre los retratos, menciona a las figuras del burgués, el obrero, el burócrata y el intelectual.

En un trabajo anterior³⁹ he sugerido que los sociólogos proceden como los novelistas, ambos crean, mediante la descripción, espacios y territorios. Y ambos crean identidades simbólicas: personajes, en el caso de los novelistas, y sujetos colectivos, en el caso de los sociólogos.

El escenario del mundo está lleno de personajes que, diría Pirandello, andan en busca de su autor, de alguien que les confiera identidad, escribiéndolos. Puede que los configure un sociólogo (el proletario: Marx), un novelista (la mujer soñadora: Flaubert) o ambos al mismo tiempo (el burócrata: Kafka y Weber)⁴⁰. Los personajes⁴¹ muestran su autenticidad, su verosimi-

³⁰ Mariano Longo (2006): “Narración y Sociología. Literatura, sentido común, escritura sociológica”, en *Nómaditas*, n° 14, julio-septiembre, Universidad Complutense de Madrid.

³¹ Longo, p. 4. Véase también Alberto Tasso (2005): “Argumento y narración en el informe científico”, en *Trabajo y Sociedad*, n° 7, junio-septiembre.

³² Nisbet, *La sociología como una forma de arte*.

³³ Lepenies, *Las tres culturas*.

³⁴ En *The sociological tradition* Nisbet menciona los mismos temas, aunque bajo la forma de conceptos polares: comunidad/sociedad, autoridad/poder, status/clase, sagrado/profano, alienación/progreso.

³⁵ Steimberg, p. 15.

³⁶ “[La sociología] no es ciencia cuantitativa, empírica, ceñida a las artificiosas precisiones de los manuales de metodología”, Nisbet, p. 70.

³⁷ Que tanto podrían ser las ‘muchedumbres’ de Riesman o Hobsbawm o los actuales ‘movimientos sociales’.

³⁸ Nisbet menciona los versos de William Blake sobre las *fábricas satánicas* que cambiaron el paisaje de “la verde y apacible tierra de Inglaterra”.

³⁹ Carlos Zurita: “El bloqueo de la página en blanco. Notas sobre la sociología como género literario”, en *Sociología del Trabajo*, nueva época, otoño 2005, pp. 123-137.

⁴⁰ Sobre este punto ver José María González García (1989): *La máquina burocrática. Afinidades electivas entre Max Weber y Franz Kafka*, Madrid, Ed. Visor, 222 p.

⁴¹ El término ‘personaje’ en español evoca las resonancias dramáticas de las máscaras, y en inglés, ‘character’, la configuración psicológica.

litud, cuando adquieren vida propia y pretenden ser ellos mismos, a veces en rebelión contra su autor. Ejemplos extremos de personajes que se independizan los tenemos en la novela *Niebla* de Unamuno o en el film *Extranger than fiction* de Marc Forster. En cuanto a los personajes sociológicos la experiencia ha mostrado que es necesario de vez en cuando reconfigurarlos para que sigan teniendo aliento vital, para que no se conviertan en máscaras vacías. En este sentido, un ejemplo positivo lo constituye la continua reelaboración de la figura del ‘trabajador’.

4. LAS PALABRAS DE LA SOCIOLOGÍA

Si es que una ciencia existe, si ha podido acceder a la autonomía epistemológica y académica, entre otras cosas se la reconoce como tal, cuando dispone de un sistema de nominación del mundo a través del cual ha logrado demarcar su territorio: posee un vocabulario, dispone de sus propias palabras. La posesión de un lenguaje, además de resultar necesaria para la producción de conocimientos, confiere identidad en un doble sentido, hacia afuera y hacia adentro: permite el reconocimiento de la disciplina, y posibilita el diálogo entre los miembros de la grey.

Al observar los repertorios de términos y conceptos que, aún en la actualidad, con frecuencia aparecen en los escritos de sociólogos de las más diferentes escuelas y perspectivas doctrinarias, resulta notoria la proliferación nominativa proveniente de las ciencias físicas y naturales del siglo XIX; por supuesto que muchos términos no han sido meramente saqueados sino que se los “resemantizó”⁴². La influencia decimonónica también se transparenta en la metáforas; si bien la postulación de funcionamientos analógicos es recurrente (la sociedad como una máquina, como un teatro, como un sistema, como un

juego, como un texto...), es dable reconocer que la metáfora originaria, aquella que pretendía comparar a la sociedad con un organismo, quizás, o seguramente, por ser la primera, dejó huellas —en este caso, palabras— indelebiles.⁴³

En los últimos treinta años, uno de los términos, si no el más influyente, sin duda uno de los más connotados, ha sido la noción de *habitus* formulada por Bourdieu. El poder gravitatorio del término fue tan intenso que, al menos en los estudios sociales en América Latina, se la tomó como una palabra dotada de capacidades hipnóticas y como una suerte de clave que permitía el acceso a la solución de casi cualquier enigma sociológico. No obstante, ni aun su uso abusivo y a veces inapropiado, minó sus potencialidades hermenéuticas.

Los padres fundadores (los consabidos Marx, Comte, Weber y Durkheim, a los que quisiéramos agregar John Stuart Mill y Beatrice Webb) generalmente no acuñaron nuevas palabras, sino que tomaron términos ya existentes y se apropiaron de ellos, resignificándolos. El término *habitus* parecería presentarse como una invención, no sólo conceptual sino gramatical, lexicológica: pero esto es así y, simultáneamente, no lo es. En su exégesis de la obra de Bourdieu, Ana Teresa Martínez⁴⁴ emprende una minuciosa exploración arqueológica sobre el término, desde la hexis griega hasta Levi-Strauss,⁴⁵ para concluir advirtiendo que la sugestión heurística de la noción de *habitus* (entre otras cosas, historia naturalizada) se sustenta en el hecho de tratarse de un concepto abierto, permanentemente redefinible, y que corresponde a un sistema teórico no rígido, sino —intencionadamente— inestable.

Una tesis similar sostuvieron, un poeta, T. S. Eliot, y un sociólogo, Karl Mannheim, quienes además de ser amigos, coincidieron en señalar que las palabras —el sentido de las palabras— pueden ser brújulas y se debe procurar que no se conviertan en cárceles.⁴⁶

⁴² La expresión es de Brown (2002).

⁴³ Sobre metáforas y el uso de razonamientos analógicos en sociología, véase en Lahire, *El espíritu sociológico*, el capítulo 3 “Sociología y analogía”, donde presenta alrededor de un centenar de registros metafóricos clasificados en trece categorías.

⁴⁴ Martínez, *Pierre Bourdieu. Razones y lecciones...*, examina el proceso de conformación de una obra, la trayectoria real de un pensamiento y una escritura, las vacilaciones y las certidumbres.

⁴⁵ En busca de resonancias del *habitus* se examinan a Aristóteles, Santo Tomás, Weber, Marx, Mauss, Husserl, Merleau Ponty.

⁴⁶ La necesidad, no sólo teórica, sino política, de no utilizar conceptos fosilizados se la pudo comprobar en los tensos meses que en este año se vivió en Argentina durante el llamado ‘conflicto del campo’. Uno de los pocos aportes para entender, sin dogmatismos metodológicos ni doctrinarios, a los nuevos sujetos sociales que se manifestaron es, hasta ahora, el de Valeria Hernández (2007): “El fenómeno económico y cultural del boom de la soja y el empresario innovador”, en *Desarrollo Económico. Revista de ciencias sociales*, n° 139, Octubre-Diciembre, pp. 332-365.

El uso de las palabras define caracteres, no sólo literarios, sino también sociológicos. En un polémico y fascinante ejercicio, realizado desde la perspectiva de la sociología del conocimiento, sobre contratación de estilos académicos, Abend⁴⁷ sostiene que “en los discursos de las sociologías mexicana y estadounidense subyacen de manera consistente supuestos epistemológicos significativamente diferentes”. El artículo⁴⁸ contiene diversos hallazgos, pero ahora sólo mencionaremos los que se refieren a nuestro foco de interés y que se enuncian como cuestiones vinculadas al lenguaje⁴⁹ y a la calidad-condición de autor (*authoriality*)⁵⁰

Se señala que los esfuerzos en pos de la claridad y estandarización deben afrontar diversos escollos, uno de ellos es el problema con el lenguaje ordinario: resulta “demasiado maleable y en él las huellas del autor son demasiado conspicuas”. Cuanto más abstrusa y oscura sea la prosa más dependerá el significado de la interpretación del lector y menores serán las posibilidades de alcanzar objetividad, o en todo caso intersubjetividad.

A pesar de ciertas quejas (Mills, Becker, Erikson) sobre la calidad de la prosa sociológica norteamericana, Abend juzga que ella es muchísimo menos abstrusa que la prosa mexicana. Al respecto sugiere la conveniencia de construir un indicador objetivo de “prosa abstrusa” que debería incluir, entre otros aspectos, el promedio de oraciones subordinadas por enunciado, la función gramatical de esas oraciones, y el promedio de pronombres relativos o demostrativos por oración.

Abend recoge las afirmaciones de Ben Agger de que la corriente principal de la sociología en EE UU “oculta la calidad-condición de autor (*authoriality*) y purga el texto de su literariedad

(*literariness*). La ciencia ‘positivista’ se escribe en voz pasiva y la presencia del autor en primera persona se expurga”. En las revistas norteamericanas la primera persona sólo resulta prominente en ciertos *topoi* aprobados, como las secciones de datos y métodos y en los párrafos donde los autores especifican cuáles son sus hipótesis, sus resultados y sus contribuciones a la ciencia.

Y en las revistas mexicanas “los pronombres de primera persona en singular son raros, a veces aparece el plural mayestático en su lugar; en general están escritos en la forma impersonal de la tercera persona del singular”. Pero la objetividad que se procura a través del estilo aparece inficionada por la extendida presencia de juicios de valor.⁵¹

5. RETÓRICAS, PRECEPTIVAS Y APRENDIZAJES

Para superar la prosa académica primero hay que superar la pose académica.
C. Wright Mills, *Sobre artesanía intelectual*

El carácter aparentemente *natural* de la escritura ha constituido durante largo tiempo la base para una fuente de equívocos, uno de ellos es que no necesitaba ser aprendida –ni, claro, enseñada–. A diferencia de la tradición de siglos de pintores o músicos procurando adquirir las destrezas de su oficio en las experiencias gregarias, e institucionalizadas, de talleres, escuelas y academias, los literatos desarrollaban sus actividades de un modo más solitario y recóndito, a lo sumo socializando sus textos entre afinidades y amistades en cafés o tertulias. Recién promediando el siglo XX comenzaron a aparecer, primero en Norteamérica⁵², los cursos de escritura.

⁴⁷ Gabriel Abend (2006): “Styles of sociological thought: Sociologies, epistemologies, and Mexican and U. S. quests for truth”, en *Sociological Theory*, 24 (1), pp 1-41. Hay una traducción al español de 2007: “Estilos de pensamiento sociológico: sociologías, epistemologías y la búsqueda de la verdad en México y Estados Unidos”, *Estudios Sociológicos*, vol. XXV, n° 75, México, El Colegio de México, pp. 573-637

⁴⁸ La investigación de Abend se basa en el análisis de contenido de una muestra de artículos publicados entre 1995 y 2001 en las dos revistas académicas de mayor prestigio en Estados Unidos (*American Journal of Sociology* y *American Sociological Review*) y en México (*Estudios Sociológicos* y *Revista Mexicana de Sociología*).

⁴⁹ Ibid., pp. 598-603.

⁵⁰ Ibid., pp 603-608.

⁵¹ Entre diversos términos que utilizan los sociólogos que publican en revistas mexicanas y en los que se superpone lo nominativo, lo descriptivo y lo valorativo, Abend menciona, como caso paradigmático, la utilización abusiva de la palabra ‘neoliberalismo’.

⁵² Los talleres de la Universidad de Iowa fueron, y son, paradigmáticos.

En el caso de la sociología, y refiriéndonos a la experiencia argentina pero que también es la de la mayoría de los países latinoamericanos, sólo en los últimos diez años, y en gran medida vinculado al fenómeno de la explosión de los postgrados, se establecieron diversas actividades curriculares bajo la forma de cursos, seminarios y/o talleres destinados sobre todo a ayudar, normalmente a presionar, a que los alumnos escriban sus tesis.

Ya quisimos advertir⁵³ que la consolidación del cientificismo sociológico en el nivel universitario –en sus vertientes de ‘izquierda’ y de ‘derecha’, y tanto entre los sociólogos cualitativos como cuantitativistas– tuvo como resultado que se haya educado a generaciones de alumnos en la obligatoriedad de utilizar un discurso comunicacional, que debía manifestarse a través de un lenguaje lo más objetivo, despojado y neutro posibles: *científico*, en una palabra. Por lo tanto, si la sociología debe tener como modelo de referencia la textualidad de los prospectos medicinales, no había que preocuparse en enseñar a escribir a los alumnos, ya que la escritura era un mero medio, y no formaba parte del proceso de producción sociológica.

En rigor, en la actualidad, el paradigma retórico de la expresividad, de las *maneras de decir* en ciencias sociales debe adecuarse a diversas prescripciones, como ser las vigentes para la presentación de informes ante el Conicet, las fundaciones y agencias de financiamiento, las pautas del Programa de Incentivos y las Normas de publicación de las revistas especializadas. El proceso creativo se convierte así en un repertorio de recetas y convenciones que deben ser escrupulosamente respetadas: formular hipótesis, que cada hipótesis esté acompañada de indicadores y dimensiones observables, usar tipografías en cuerpo 12 a doble espacio, colocar las citas y las notas al pie en los lugares adecua-

dos... Se ha generado así una suerte de *manierismo* en el discurso de la sociología y de las ciencias sociales en general.

Tanto en sociología como en literatura su materia prima es la escritura: la trama, y el revés, que las sostiene. La escritura, ese arte espectral, como lo llama Mailer⁵⁴, puede, y debe, ser aprendido. ¿Pero, dónde, cómo?

Los aspirantes a literatos disponen de una larga y nutrida constelación de materiales de ayuda –desde Gracián a *Le degré zéro de l'écriture*– pasando por manuales de retórica y preceptiva, correspondencias, confesiones, autobiografías y hasta testimonios sobre el oficio, cuya ofrenda arquetípica son las entrevistas de *The Paris Review*.

Quienes procuren aproximarse al aprendizaje de la escritura sociológica también disponen de fuentes donde abreviar. Me permito mencionar dos experiencias personales con textos iniciáticos. Cuando en una distante adolescencia pretendía escribir versos, la lectura de las *Cartas a un joven poeta* de Rilke me sumió en el vértigo del encantamiento y tuve la sensación de que era un libro escrito para mí, casi como único destinatario. No muchos años después, cuando mi vocación había ¿girado? hacia la sociología, otra lectura, *Sobre artesanía intelectual* de Mills, me produjo el mismo efecto de revelación. Creo que la similitud de sensaciones se originaba en que ambos autores, en el fondo, pretendían suscitar lo mismo: el despertar de la imaginación, poética, en el caso de Rilke, y, sociológica, en el caso de Mills.

En tren de sugerir senderos para incursionar en la *craft*⁵⁵ y en los *tricks*⁵⁶ del oficio, observando al sociólogo en su mesa de escribiente⁵⁷, atisbando en la trastienda de la investigación⁵⁸, además de Mills, y de los ya mencionados Nisbet y Lepenies, se imponen algunos aportes nutritivos, entre ellos, los de Becker⁵⁹, Bour-

⁵³ Zurita, p. 131.

⁵⁴ Tal como lo caracteriza Norman Mailer, *Un arte espectral, Reflexiones sobre la escritura*, Buenos Aires, Emecé, 2008.

⁵⁵ La referencia es Sennett.

⁵⁶ En este caso, la referencia es Becker.

⁵⁷ Beatriz Sarlo, “El taller de la escritura”, en *Trabajo y Sociedad*, n° 11, primavera de 2008. De la misma autora consultar también *Siete ensayos sobre Walter Benjamin*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, ([2001] 2007), 93 p.

⁵⁸ Catalina Wainerman y Ruth Sautú (comps.), 1998 *La trastienda de la investigación*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 201 p.

⁵⁹ Becker (1986 y 1998).

dieu⁶⁰, Bauman⁶¹ y, particularmente, los de una socióloga que quiso ser novelista (Beatrice Webb), de un novelista que quiso ser sociólogo (Emile Zola) y de un reconocido sociólogo contemporáneo que también escribe novelas (Richard Sennett).⁶²

Creo que las indagaciones europeas, particularmente francesas, sobre el proceso de escritura –tanto literaria como sociológica–, con una fuerte impronta filosófica y semiológica, han contribuido más al pensamiento que a las prácticas. No es inverso, pero sí distinto, el tono de los aportes estadounidenses más concentrados en los resultados pragmáticos, en los procedimientos, por así decir, del *know how*, lo que se manifiesta en el acrecentamiento de las publicaciones de manuales de ese subgénero que se denomina *Academic Writing*. La variada obra de Becker excede este último ámbito, sin embargo es el autor de sustanciales aportes en la cuestión, *Writing for Social Scientists y Tricks of the trade*, el primero destinado a proporcionar ayuda para escribir (y finalizar) los trabajos de tesis, y el segundo a compartir secretos del oficio.

La figura de Beatrice Webb⁶³ resulta fascinante en varios aspectos; tanto por reconocer en ella un linaje familiar e intelectual que se entrelaza con Herbert Spencer, Charles Booth y su esposo Sidney Webb o por ser la fundadora de la London School of Economics, como por haberse preocupado de dejar puntuales testimonios,

aleccionadores desde diversos puntos de vista, en su autobiografía espiritual⁶⁴, en su profuso diario e inclusive en materiales con propósitos técnicos y metodológicos⁶⁵. Beatrice quiso escribir una novela, pero no en el tono con que las hacía una de sus controversiales amistades, nada menos que Virginia Woolf, sino una novela ‘sociológica’ que le permitiera, tanto poner a prueba, demostrarse, sus capacidades narrativas, como transmitir a un público más vasto que el académico las maneras de conocer el mundo que tenían las nuevas ciencias sociales.

La primera revelación que tuve sobre cuánto podía aprender un sociólogo de Emile Zola fue a través de un ensayo de Lukács⁶⁶, donde, a partir del análisis de cómo se ‘muestra’ una escena social, las carreras de caballos, en dos célebres novelas, *Ana Karenina* de Tolstoy y *Naná* de Zola, contrasta dos grandes estrategias de escritura posibles: la narración y la descripción. No obstante que el dictamen es finalmente favorable al narrador (Tolstoy)⁶⁷, no impide que se señalen las virtudes descriptivas de Zola. Lo bueno para etnógrafos y sociólogos es que Zola haya dejado constancias de cuáles eran sus maneras de proceder, la planificación de sus acciones, diversos y minuciosos detalles de cómo describir; el resultado es un sabroso yacimiento de recomendaciones para capturar paisajes y personajes de la vida social.⁶⁸

Finalmente, tenemos el caso Sennett, reconocido por sus aportes sobre la cultura urbana⁶⁹

⁶⁰ Bourdieu, “Transmitir un oficio”, op. cit.

⁶¹ Bauman, “Escribir sociología”, op. cit.

⁶² Sobre las relaciones entre novela y sociología pueden encontrarse sugestivas referencias en el capítulo IX “L’illusion romanesque” de la ya citada obra *Le raisonnement sociologique* de Passeron y, muy especialmente, en el capítulo 9 “Sociología y literatura” de *El espíritu sociológico* de Lahire, donde se examinan en detalle las implicancias sociológicas de narraciones de George Simenon, Albert Memmi y Luigi Pirandello. Véase también a González García, *La máquina burocrática*, op. cit.

⁶³ Se debe reconocer la notable contribución de Juan José Castillo al conocimiento en Hispanoamérica de la obra de Beatrice Potter-Webb.

⁶⁴ *My apprenticeship*. Ver también, B. Webb, “Diario de una investigadora”, en *Revista española de investigaciones sociológicas* (REIS), n° 93, 2001, pp. 189-201, que es una traducción de «Pages from a work-girl’s diary». El texto de Webb, de 1898; es presentado por Juan José Castillo, “Pasión y oficio: Beatrice Webb en la fundación de la sociología”, pp. 183-187.

⁶⁵ Véase, por ejemplo, “Cómo se hace una investigación social”, en *Trabajo y Sociedad*, n° 11, 2008.

⁶⁶ Lukács, Georg ([1936] 1977): “¿Narrar o describir? Contribución a la discusión sobre el naturalismo y el formalismo”, en *Literatura y sociedad*, Introducción, notas y selección de textos de Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, Buenos Aires, CEAL, pp. 33-63.

⁶⁷ El dictamen pretende ser congruente con los propósitos estéticos-políticos de Lukács que en ese entonces eran desacreditar al naturalismo y al formalismo.

⁶⁸ Tanto en sus *Carnets*, o en textos como *La novela experimental*. Las virtudes etnográficas de los *Carnets d’enquete* de Zola, sus ‘cuadernos de campo’, son valoradas por Juan José Castillo (2003), *En la jungla de lo social. Reflexión y oficio de sociólogo*, Buenos Aires-Madrid: Editorial Miño y Dávila, 204 p. [Especialmente “Un camino y cien senderos: el trabajo de campo como crisol de disciplinas”]

⁶⁹ *Carne y piedra: el cuerpo en la ciudad y la civilización occidental*, Madrid, Alianza, 1997, 456 p.

y, sobre todo, en el campo de la sociología del trabajo⁷⁰, que es además el autor de una serie de tres novelas (*Palais Royal*, *The Frog that Dared to Croak* y *An Evening of Brahms*). En sus planteos se advierte una afinidad sensitiva con Nisbet y Becker, y explícitamente postula que la sociología debe ser considerada como una de las *bellas artes*⁷¹. Quizás su formación como músico cellista, los problemas a resolver para la ejecución de un instrumento musical, lo haya llevado a indagar en las cuestiones de ese otro instrumento: la escritura. “Lo primero que me interesó, y me sigue interesando, de la sociología es el acto de manifestarla, es decir, cómo escribirla”. Una de sus preocupaciones recurrentes es el tema de la “craft”, un término muy difícil de traducir a las lenguas romances, puesto que los términos “artesanía, habilidad manual, pericia técnica” sólo son versiones parciales de lo que implica el término en inglés, que abarca la habilidad manual y la comprensión mental que una tarea requiere.⁷²

6. LITERATURA, SOCIOLOGÍA: ESCRITURAS

“Este libro nació de un texto de Borges” declara Foucault al comienzo de *Las palabras y las cosas*⁷³. Si bien pocas veces de una manera tan clara, los sociólogos suelen reconocer, aun implícitamente, sus deudas con la literatura. Ya

en el primer estudio ‘empírico’ –tal como entendemos esta palabra en nuestros días– de la disciplina, *El suicidio*, su autor elaboró e ilustró tipologías de suicidas apelando a fisonomías de caracteres provenientes de la narrativa (*Fausto* y *Werther* de Goethe, *Don Juan* de Musset, *Raphael* de Lamartine y *René* de Chateaubriand)

La idea de que en las obras ficcionales, particularmente las novelas, se podían encontrar diversos materiales –*fragmentos empíricos*– de considerable valor para nutrir el análisis social siempre ha estado presente, y se la puede advertir, tanto en las ponderaciones de un Marx sobre las obras de Balzac o Fielding, como en las apelaciones de Peter Berger a Robert Musil o de Erving Goffman a Jane Austen. En los tiempos que corren, continúa vigente la búsqueda de ‘escenas de vida’ en la literatura por parte de sociólogos: i.e. los usos de Bukowski en Rhodes y Brown⁷⁴ y de Auster en Auyero⁷⁵.

Siendo ambas escrituras, la sociología y la literatura, son *cosas* distintas, en tanto se trata de prácticas específicas. Pero es conveniente precisar el sentido de las diferencias y similitudes. Un capcioso lugar común señala que la escritura es un ‘fin’ en la literatura y un ‘medio’ en las ciencias; otro postulado de obviedad recuerda que se trata, visiblemente, de ‘géneros’ distintos. La discusión sobre el carácter instrumental o autónomo de la escritura evadiría los límites de este artículo, sólo apuntaremos ahora que la demarcación de géneros no resulta, a

⁷⁰ *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama, 2006, 192 p.

⁷¹ “La sociología como una de las bellas artes”, entrevista con Richard Sennett realizada por Carolina del Olmo, *Minerva*, n° 2, 2006, El Círculo de Bellas Artes de Madrid.

⁷² Fernando Pérez, “Retrato de Richard Sennett: permiso para perderse”, *Letras en línea*, Julio de 2008, Santiago de Chile, Universidad Alberto Hurtado.

⁷³ Michel Foucault ([1966] 1984): *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Barcelona, Planeta-Agostini, 375 p. El texto de Jorge Luis Borges que se menciona es “El idioma analítico de John Wilkins”, *Otras Inquisiciones*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1964. Entre otras cosas, ahí se dice: “He registrado las arbitrariedades de Wilkins, del desconocido (o apócrifo) enciclopedista chino y del Instituto Bibliográfico de Bruselas; notoriamente no hay clasificación del universo que no sea arbitraria y conjetural. La razón es muy simple: no sabemos qué cosa es el universo... Cabe ir más lejos; cabe sospechar que no hay universo en el sentido orgánico, unificador, que tiene esa ambiciosa palabra. Si lo hay, falta conjeturar su propósito; falta conjeturar las palabras, las definiciones, las etimologías, las sinonimias del secreto diccionario de Dios. La imposibilidad de penetrar el esquema divino del universo no puede, sin embargo, disuadirnos de planear esquemas humanos, aunque nos conste que estos son provisionarios.”

⁷⁴ Carl Rhodes y Andrew D. Brown (2005): “Writing Responsibly: Narrative Fiction and Organization Studies”, en *Organization*, vol. 12, n° 4, London, pp. 467-491. Se examina particularmente la novela *Post office* de Charles Bukowski.

⁷⁵ Javier Auyero (2001): *Poor peoples's politics*, Durham y London, Duke University Press, 257 p. Para ilustrar la ‘economía de sensaciones’ que está en la base del proceso de escritura sociológica el autor menciona a *Leviathan* de Paul Auster: “My desk had become a sanctuary, and as long as I continued to sit there, struggling to find the next word, nothing could touch me anymore...”

nuestro juicio, un criterio válido de especificidad, más aún en la actualidad en que casi la norma parece ser la superposición e hibridación de géneros (*blurred genres*), tanto en las expresiones artísticas como en las ciencias sociales.

Quizás pueda ser de interés enunciar las diferencias situándolas en algunas claves popperianas. La sociología, en cuanto discurso comunicable que pretende ser convincente y compartido, debe tener en cuenta los repertorios de reglas y convenciones vigentes en el 'contexto de justificación', no importa cómo se logró o advino su atisbo de veracidad. En tanto que la literatura siempre opera en el 'contexto de descubrimiento' y, en rigor, no requiere trascenderlo: no necesita demostrar una verdad, su verdad es ella misma, o no logra serlo, pero siempre su poder de convencimiento, su substancialidad factual, está en el propio texto. Es lo que pasa con la gran literatura, no sólo con el ciclo de las novelas realistas del

siglo XIX, sino con la buena literatura de nuestros días. Cuando ciertos ejercicios de la literatura tienden a desplazarse hacia el contexto de justificación, generalmente se suele incurrir en producciones desacreditadas en el campo académico: las novelas de tesis o los best sellers⁷⁶

Una nota final sobre las caligrafías de segundo grado. Que los sociólogos escriban sobre la escritura sociológica, puede ser visto como un valorable ejercicio de vigilancia epistemológica de las propias prácticas, pero al mismo tiempo constituiría una prueba de cuánto de auto referencial y de fisgoneo puede haber en nuestra disciplina o, al menos, en cierto tipo de indagaciones como las que hemos presentado.⁷⁷ Autor o escritor, siempre llega el momento en que el sociólogo debiera identificarse, reconocerse, a través de esa actividad de desdoblamiento que consiste en mirarse en el espejo de la escritura.

⁷⁶ Para cierto público ilustrado, las novelas de tesis suelen ser tan deleznales como los best sellers. De todos modos, considero que hay novelas emprendidas para demostrar una tesis o promover una causa que logran trascender los fines didácticos o instrumentales originarios y acceder al registro de la buena literatura.

⁷⁷ En mi caso, una cierta pulsión a mirar por el ojo de las cerraduras también me ha llevado a valorar ciertos géneros como las memorias y correspondencias de colegas, y diversos materiales preceptivos, tales como manuales de gramática, los Ejercicios espirituales de Ignacio de Loyola, las Reglas benedictinas, las Normas de vida de Sendero Luminoso, y, por supuesto, los recetarios de cocina y las instrucciones de uso de cualquier artefacto.